

tortolillos, semidesnudos y barrigones. En lo alto de las torres y campanarios y en las ruinas de los acueductos romanos de Mérida, las cigüeñas de la nueva cría se incorporan en los nidos y agitan las alas en primeros ensayos de vuelo.

Los ganados salen de las dehesas; reservándose el pastizal, para cuando regresen los rebaños, allá para el otoño; marchan a los agostaderos, más o menos lejanos, y a las rastrojeras: Primero las aprovechan la piara de cerdos, que comen las espigas, y no desprecian los granos caídos. Después entran las ovejas, que permanecerán de veraneo hasta octubre, comiendo las pajas del rastrojo, el pasto con semillas, y los tallos frescos de la grana.

El tío Ciriaco con su hijo pequeño, como zagal, bajo una encina solitaria, en un altozano, ha instalado el pequeño chozo portátil de paja de centeno, formado por tres «mamparos»; dos formando conjunto hemisférico y el tercero, se superpone a los otros, para tapar la juntura y servir de tejado. Ciriaco duerme fuera, por causa del calor, bajo el cielo estrellado. Por la mañana se desayuna con sopas de tomate, o de poleo, y una presa de morcilla, pues es algo sibarita. A mediodía no le gusta cocinar, y come de fiambre, con un gazpacho o ensalada de tomates, después una presa de tocino crudo, colocándole sobre un cantero de pan, cortando pedacitos del condumio; terminando la merienda con un pequeño trozo de queso. De una calabaza, forrada con cordelillo de juncias, bebe dos buenos tragos de vino; lía, despacio, un cigarro, y se echa un ratito a descazear el sueño. Para la cena, cocina brevemente.

Al principio de la noche, tranquila y sin luna, se señala, en el cielo el polvo luminoso de la vía láctea; parpadean las estrellas, y Júpiter el lucero brilla con luz serena. Poco elevado sobre el horizonte, se ve lejana, una luminaria. No es otra estrella; sino que el tío Ciriaco ha encendido lumbre, junto al caramanchón del chozo, para preparar su cena de sopas canas, con leche de las cabras, aceite, dos dientes de ajo y pimentón.

EDUARDO HERNANDEZ-PACHECO

NUESTROS CLÁSICOS

A UN POETA DEL PORVENIR

No has nacido a la luz, mas yo te amo,
Espíritu que aún flota en el abismo,
Yo tu futuro corazón reclamo
Cuando no tienes ser para ti mismo.

No a la pureza de mi amor a trada
Forma visible que la mente ofusca;
En los vagos espacios de la nada
La ardiente fe de mi pasión te busca.

¿La nada he dicho?—no: el ser que vive
En el sol, en las nieblas, en el viento,
Que en el espacio inspiración recibe
De la eléctrica luz del pensamiento.

¿Qué importa si fué ayer, o si es mañana,
Si naciste después, o si antes vienes,
Si tienes en el mundo forma humana,
O en espíritu solo te mantienes?

Todo en la eternidad al par existe,
No hay al alma pasado ni futuro,
Y tú, genio, tal vez apareciste
Como lucero en nuestro cielo oscuro.

Tal vez es ya tu voz esa que suena
Del mar en las profundas soledades,
Y no hay en la creación otra sirena
Que el cantor inmortal de las edades.

Tal vez de nuevo, tú, serás Homero,
Que siguiendo en el turno del cometa
Para alumbrar al siglo venidero
Vendrás a visitar nuestro planeta.

Tal vez los que en el siglo hemos nacido,
Cantores hoy del mundo transformado,
Delante de tu carro hemos venido
Y tu genio a cantar nos ha impulsado.

Tal vez mi propio ser, mi propia vida,
Tal vez el alto amor que por ti siento,

Son chispa de tu génio desprendida
Que al mundo arrojas para darme aliento.

Tal vez como la pálida alborada
Precursora del astro soberano
El alma que te canta enamorada
Anuncia de tus glorias el arcano.

Tal vez entre tinieblas descendiendo
A la mente sedienta de armonía,
En impalpable ser estás viviendo
Y eres el alma, tú, del alma mía.

Tal vez voy a morir, oruza inerte
Que en ciega cárcel sepultó sus galas
Y en el instante mismo de mi muerte
Extiendas tú las deslumbrantes alas.

Y aún hallarás las flores palpitando
Al beso del amor que puse en ellas.
Y de los valles en el césped blando
Junto a las fuentes hallarás mis huellas.

Y de mí te hablarán todas las aves,
Y mis ensueños te dirá la luna,
Y hasta el contrario mar en sonos graves
Te contará el rigor de mi fortuna.

Y «¿por qué — me dirás — por qué sufriste
«Alma sensible, para el bien nacida,
«Por qué tu musa solitaria y triste
«No cantó los placeres de la vida?

«Quién eres tú, que con audacia extraña
Rasgando al porvenir el negro velo,
Desciendes del abismo hasta la entraña
«Para buscarme en tu amoroso anhelo?

«¿Quién fuiste tú, del siglo transcurrido
«Vaга memoria, evocación doliente,
«Que luchas con las sombras del olvido
«Para llegar cual rayo hasta mi mente?»

—¿Quién fui, quién soy?—El eco de este canto,
Del infortunio la viviente queja,
De la afligida humanidad el llanto,
El adiós de la musa que se aleja.

La negra prensa, la moderna lira,
Mi libro amante llevará a tus brazos,
Y en estos versos que el dolor inspira
Encontrarás mi alma hecha pedazos.

Mi voz ingenua cantará a tu oído

De nuestro siglo la infernal locura,
Y del alma sabrás cuanto ha sufrido
En sus horas de horrible calentura.

Nosotros somos los que en gran cadena
Lleva el vapor como a la muerte al reo,
Y nos arrastra desde el Ebro al Sena
Las entrañas rompiendo al Pirineo;

Los que del Cénis por la cumbre vamos
Cabalgando en corcel de viva lumbre,
Y sus eternas moles taladramos
Para cruzar después bajo su cumbre;

Los que en el fondo de insondados mares
Políglotas serpientes extendimos,
Los que a la industria consagrando altares,
Del mar Rojo los límites rompimos;

Los que a Atlante y Pácifico enlazamos
De hierro con perpetuos eslabones,
Los que del arpa eléctrica colgamos
En los aires los mágicos bordones;

Y el Dios de la mecánica triunfante
Su carro ornando de laurel y palmas
Sobre el cristiano mundo agonizante
Pasó rompiendo nuestras mismas almas.

Y tú nos hallarás como el viajero
Que del Alpe al subir la cumbre helada
Encuentra al atrevido compañero
Que pereció en mitad de la jornada.

Y ráfaga de luz en noche umbria
Tu mente penetrando en el pasado,
Al ver la gloria bajo planta impia
Nos llamarás con grito desolado.

Y en vano clamarás.—Rudos silbidos,
Hierros que crujen como en son de guerra,
Ojos sin vista rojos y encendidos
A todas horas cruzarán la tierra.

Rugiendo con fragor la rueda infame
Que mil guerreros a traición sepulta;
Cuando el honor a combatir te llame
Entre las selvas hallarás oculta.

Y buscarás la libertad en vano,
La libertad bajo el cañón perece,
Y el cañón de la tierra soberano
Las artes y las glorias ensordece...

¡Mas—¿por qué has de nacer?... Que gire el mundo
Sin la luz inmortal de la poesía,
De la materia al germinar fecundo
Rodando en los espacios todavía.

Y en un astro mejor, y en otra esfera
Nazca la humanidad, y el genio cante:
¡No temáis del espíritu que muera,
Esperad que a los cielos se levante!

Carolina CORONADO

✕

PENSAMIENTOS

El que se ama mucho, ama a los demás hombres.

SÉNECA

La mujer es una cosa movible por naturaleza, más que una hoja
al viento.

PETRARCA

Cada uno de nosotros, en su condición actual, no es más que la
mitad de un ser original. Andamos toda la vida en busca de la otra
mitad.

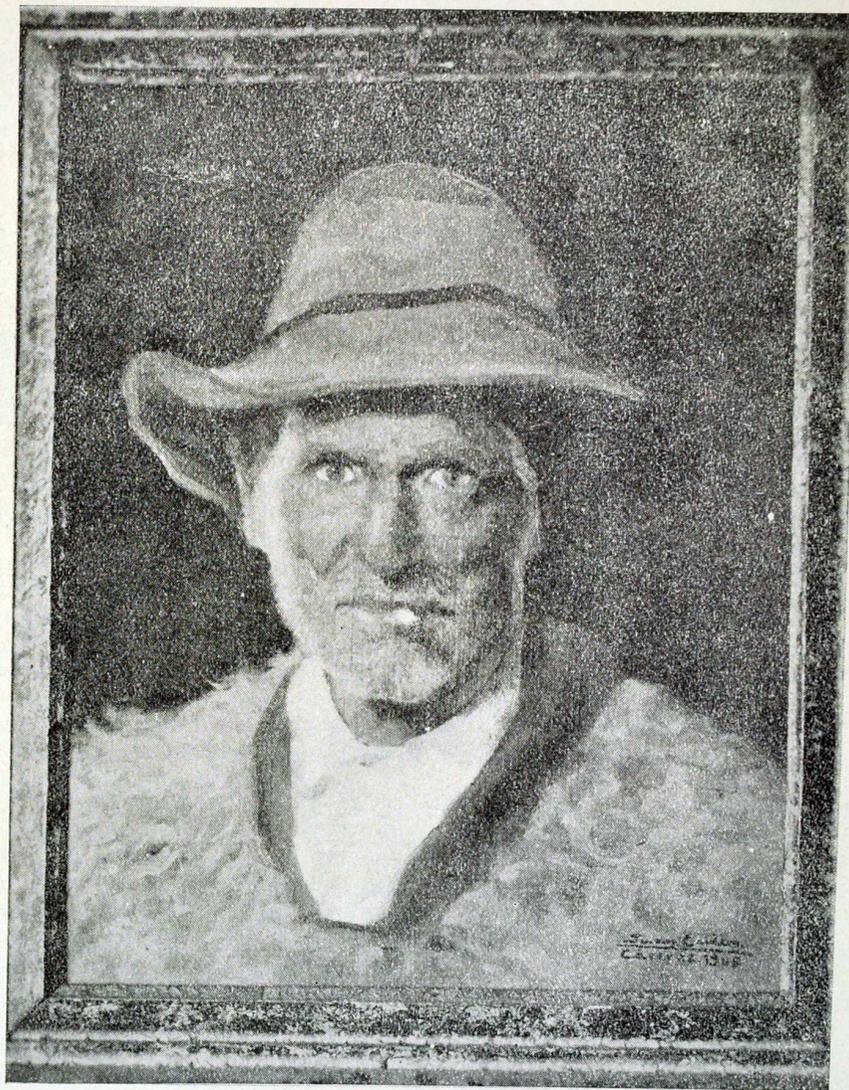
ARISTÓFANES

La buena y verdadera amistad no puede ni debe ser sospechosa
en nada.

CERVANTES

Tengamos cuidado que la vejez no imprima más huellas en el
alma que en el cuerpo.

MONTAIGNE



NUESTROS ARTISTAS: «El tío Esquilones», por Juan Caldera. (Foto Javier)